

Alicia Murria

XOÁN ANLEO: objetos e imáxenes problematizad@s

Instalaciones, cultura de clubes, humor, fotografía, música electrónica y experimental, ficción, juego, diseño de fanzines y portadas de suplementos varios, ironía, brillo, realidad, simulacro, poemas visuales, Barbie, desasosiego, escenografías, Foucault, actitud crítica, hoteles, seducción, mobiliario, repeticiones, actitud perversa, dibujo, sexualidad, instantáneas de Nueva York, rosa, verde, autobiografía, placer, Deleuze, incredulidad, compromiso, Ken, travestismo, objetos de “todo a cien”, lo fabuloso, lo cotidiano, la noche, utilización de textos diversos, glamour, Jin Jarmush, hedonismo, intervenciones en el espacio público. Todo ello aparece y se mezcla en la obra de Xoán Anleo. Hablamos de un artista poliédrico que recoge pedazos de procedencia diversa mezclando alta y baja cultura para producir otras realidades vivas y conceptuales. En Anleo hay una especie de fascinación por los objetos cotidianos, por todo aquello que está al alcance de la mano; lo doméstico es una categoría donde se mezcla lo que pertenece al ámbito privado, a las necesidades utilitarias más perentorias y también a todo aquello dotado de una carga de adherencias caprichosas y sentimentales, un territorio que se puede explotar cómodamente desde el ámbito de la fisicidad y que permite un amplio campo de resonancias mentales, dérmicas y psicológicas. Los elementos que utiliza, sus objetos, no pasan un filtro que los depure de su carga de banalidad para elevarlos a un terreno diferenciado (el lugar de la cultura, el espacio museístico o el galerístico) donde sus cualidades sean neutralizadas para convertirse en aceptables y aceptados como obra artística; al contrario, el desplazamiento se fuerza a basen de dejar intactas esas cualidades impuras, rubricándolas; de este modo aparece un cierto carácter de desvalimiento que posibilita una carga adicional, crea una suspensión donde es posible añadir un discurso que se adhiere como una película, una pátina resbaladiza y compleja que se pega irremisiblemente a la mirada. Los significados pierden aquí cualquier tipo de estabilidad o fijeza; la visión rutinaria es golpeada, todo se torna escurridizo; cuando pensamos haber conquistado algún sentido, éste se vuelve a desplazar, a resbalar como una esfera en un campo inclinado, como una pelota de billar que, golpeada por el taco, rebota una y otra vez creando un diagrama esquizoide pero que contiene a su vez una matemática calculada. No se trata de un juego gratuito o inocente. Anleo parece hablar de una perpetua crisis de los objetos y del sentido, crisis como cambio y desplazamiento. Sus imágenes e instalaciones contienen con frecuencia el aire de una tienda de modas o de una discoteca, la pulcritud del diseño más sofisticado, la seducción de la publicidad, la banalidad y el glamour de un juego cargado de artificios. Superficie se titulaba una de sus primeras exposiciones; allí convivían elementos diversos como pequeñas escenografías: fotografías con alfombras circulares, collages y vinilos adhesivos. Alfombras de peluche de un rosa casi fucsia con palabras impresas (dos polos/dos imanes), imágenes de bolas de plástico en colores vivos, un repelente bibelot de cerámica y zapatitos de muñeca Barbie (hago notar que las Barbies siempre perdían sus minúsculos y desproporcionados zapatitos de tacones imposibles) y, a la entrada, un muro con una especie de circuito recortado en vinilo, a caballo entre el diseño decorativo y el emblema corporativo, y una palabra: superficie. Lo kitsch conviviendo con juegos pertenecientes al territorio de lo privado conformado un universo hermético de seducción y rechazo. Y los elementos repetidos en una insistencia que amplifica el absurdo, reflejados en un espejo, bajo un aparente silencio significativo. También en piezas anteriores la insistencia en la repetición. Las imágenes de hoteles conforman una especie de serie, pero no se trata de imágenes captadas por él sino extraídas de viejos (¿o nuevos?) folletos publicitarios que, al estar descontextualizados, cobran un aspecto demoledor, casi sangrante en su vulgaridad; escenarios sin vida, un frío de artificio y soledad los recorre; un tipo habla por teléfono, una pareja disfruta del descanso en habitaciones de mobiliario y decoración que estremece, cortinajes recargados, colchas, sillones, armarios, habitaciones y vestíbulos para una clase media acomodada y encantadora. La literatura en torno a los hoteles es abundante, evocación de moradores ilustres, de viajes iniciáticos, de travesías liberadoras y de aventuras, pero nada de eso transpiran los hoteles de Anleo; sus habitaciones están más cerca de dibujar las vacaciones en Torremolinos, la escapada clandestina, el intercambio de carne por dinero; un eco hamiltoniano que le acerca a aquella mirada de obras como ¿Qué es exactamente lo que hace que los hogares de hoy sean tan diferentes, tan atractivos? La clase media y sus valores como paradigma. Modelo de náusea sobre el que Anleo nos invita a pasear la mirada. Atracción y repulsión son dos de los mecanismos que pone en juego con extraordinaria inteligencia forzándonos a construir lectura. Resulta evidente, repasando su trayectoria, que los textos juegan un papel relevante en su trabajo, cerca del poema visual al principio y más tarde como dispositivo que construye significado desde dentro de las obras, un breve enunciado, una palabra o una frase lacónica que a menudo juega con la apariencia del texto publicitario para abrir significado o para desplazarlo. La música es otro de los frentes de trabajo fundamentales en la obra de este artista, música para ser bailada, para perderse y relacionarse, para encontrarse con el propio cuerpo y con los otros, para intercambiar; todo lo que constituye la denominada cultura de clubs es un terreno en el que se construyen propuestas que a su vez se digieren a gran velocidad, hervidero no sólo estético sino de formas y actitudes, de miradas sobre el entorno que contamina los campos de la creación con una manera indiferenciada respecto a las clasificaciones, y Anleo bucea en este territorio, atento como un sismógrafo y ejerciendo a su vez de amplificador de las nuevas situaciones a sabiendas de que las formas heredadas se encuentran en un continuo cuestionamiento, de que la historia se ha convertido en un gran repertorio, un

archivo en perpetua relectura y que, a la vez, bajo la apariencia de hiperinformación que nos trasladan los media y la publicidad se esconde la uniformización, la homogeneización de formas de vida y pensamiento, el control bajo formas altamente sofisticadas, la pérdida de libertad y pluralidad para las sociedades y los individuos. Su forma de producir y proceder en el ámbito del arte (que nunca se encuentra separado del resto de actitudes frente al mundo) invita a mantener una disposición desprejuiciada frente a los roles y todo lo que se relaciona con modelos estables de identidad y género, e igualmente cuestiona el papel del artista en este contexto y la función del hecho artístico consciente de la necesidad de su reconfiguración en el plano operativo. Un aire de intencionada superficialidad recorre su producción, pero sobre él se inscribe y reescribe un significado "otro", que estalla ante nuestros ojos, desprevenidos por un primer impacto de seducción y, finalmente, conscientes de que ello no es sino una trampa, barniz que brilla y atrae para hablar de lo que importa.

Texto publicado en *Xoán Anleo*, (2001) Pontevedra, Deputación de Pontevedra, pp. 241-262.